

H. P. Lovecraft

La razón y sus monstruos

Manuel Ligeró



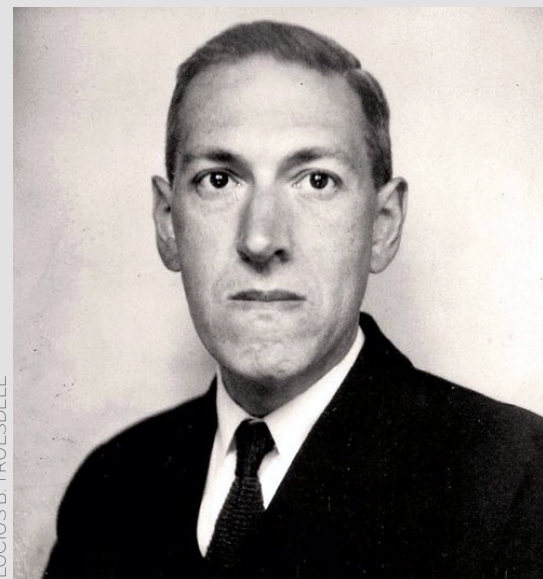
«No hay en el mundo fortuna mayor, creo, que la incapacidad de la mente humana para relacionar entre sí todo lo que hay en ella» Así empezaba *La llamada de Cthulhu*, y su autor parecía estar hablando de sus propias contradicciones. Según se desprende de su correspondencia, H. P. Lovecraft fue un retrógrado que tachaba el progreso de mera «ilusión», pero era, asimismo, un enamorado de los avances científicos. Tanto que durante su adolescencia, afectado por uno de sus episodios depresivos, afirmó que lo único que le impedía suicidarse era pensar en los muchos descubrimientos que se iba a perder. También fue el hombre que alardeaba de sus simpatías por el fascismo y que pasó los últimos años de su vida defendiendo explícitamente el socialismo. Fue el autor fracasado y conformista que consideraba que «los artistas serios malgastan su energía en tareas que nunca les satisfacen». Y, en el fondo, a lo que él aspiraba es a ser un artista serio. «Incluso tenía un programa escrito, muy complejo y con él mismo como protagonista, para revolucionar la ciencia ficción y convertirla en literatura seria. Intentó transformar los géneros fantásticos en una especie de literatura existencialista que hablara del ser humano desde una perspectiva materialista, posthumana, cósmica. Él percibía que esto, en el futuro, sería *la gran literatura*», explica Javier Calvo.

Calvo ha sido el encargado de seleccionar, editar y traducir las cartas de Lovecraft para los tres hermosos volúmenes publicados por Aristas Martínez. Una tarea titánica, teniendo en cuenta la extensa correspondencia del autor: se estima que escribió alrededor de 75.000 misivas. «En realidad no se sabe cuántas escribió. Fue una estimación que hicieron sus amigos teniendo en cuenta las horas al día que se tomaba para escribirlas y la frecuencia con la que ellos las re-

cibían. De todas ellas, en proporción, se han conservado pocas. La edición canónica [publicada por Hippocampus Press] las reúne todas en más de 20 volúmenes y tiene unas 10.000 cartas». Esa es la edición usada por Calvo para su selección por «razones filológicas y porque no tiene errores de transcripción».

La cifra marea porque significa que dedicaba casi todo su tiempo a escribirlas. «Nunca tuvo gran cosa que hacer», aclara su traductor. «Él siempre decía que estaba muy ocupado, que tenía mucho trabajo, pero no era verdad. Para él “mucho trabajo” era quizás trabajar una hora al día. El resto lo dedicaba a escribir cartas». Y consagraba a ello seis u ocho horas por jornada. «No es raro que una persona de su tiempo [principios del siglo XX] tuviera una correspondencia muy activa. Lo raro en su caso es la cantidad, que es desproporcionada, descomunal». Además, Lovecraft vivía en una ciudad pequeña, muy aislada, sin escena cultural, y la carta era el único medio que tenía para comunicarse con el exterior. «Era una persona extremadamente solitaria y sus amigos no estaban en Providence, así que la escritura de cartas funcionaba como un sustituto de la vida social y familiar».

Sus amigos eran, principalmente, gente que escribía, como él, en publicaciones *pulp* o en la prensa amateur. Mantenía con ellos una intensa esgrima intelectual sobre todo tipo de temas. El primer tomo editado por Aristas Martínez (*Escribir contra los hombres*) está dedicado a sus reflexiones sobre literatura, su propia carrera y sus aspiraciones. El segundo (*Diario de sueños*) compila sus experiencias oníricas, fundamentales a la hora de conocer el origen oscuro, desolador e informe de su universo literario. El tercero (*El terror de la razón*) es el más polémico, ya que presenta a un autor tan



LUCIUS B. TRUESDELL

H. P. Lovecraft en una foto tomada en junio de 1934.

espantoso en sus planteamientos políticos como fascinante en su lectura. Habla con horror de las luchas sociales, de los judíos, de los negros, de las máquinas, de los urbanitas tan mal o peor que de los que él llamaba «salvajes primitivos»...

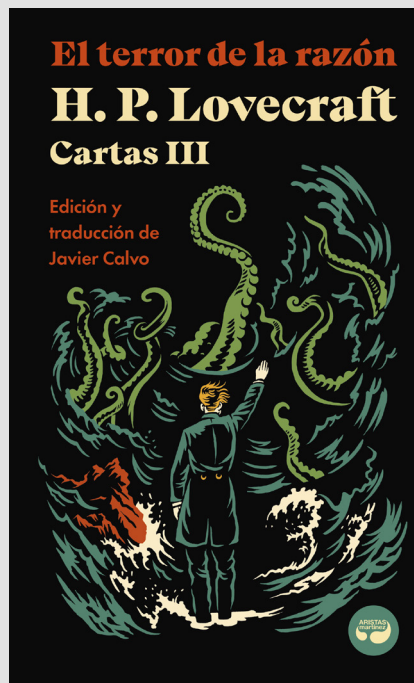
«¿Fue un fascista?», se pregunta su traductor. «Pues sí, porque dejó escrito que le gustaba el fascismo. Pero, en el fondo, era un pobre desgraciado, como mucha gente que apoya a la extrema derecha sin tener realmente ni idea de lo que están diciendo. Lovecraft vivió el ascenso del fascismo a distancia, como el que ve una película. Le gustaba el *look* de Hitler y de Mussolini y se presentaba en sus cartas como un fascista convencido y belicoso, pero luego, cuando hablaba de su sistema político ideal, se remitía a la Grecia clásica, al Renacimiento, al siglo XVIII para defender cosas que no tenían absolutamente nada que ver con el fascismo».

A pesar de todo, tuvo grandes amigos socialistas y anarquistas con los que le encantaba pelearse por carta. «No se enfadaban con él porque nadie se lo tomaba en serio»,

explica Calvo, para quien el Lovecraft correspondiente es, fundamentalmente, un provocador: «El hombre de las cartas es un personaje que él ha construido. En algunas de sus diatribas políticas e históricas yo veo claramente un intento desespeado por llamar la atención. Acentúa su virilidad, su fuerza, su pasión intelectual para contrarrestar esa realidad que vendría a decir: “Soy el pringado más grande que vais a conocer en vuestra vida”. Pero cuando se observa la totalidad de su obra epistolar ese personaje exagerado, el misántropo, el fascista, el tipo que alega no tener necesidad emocional respecto al resto del género humano, a veces se viene abajo y se muestra de una forma más tierna».

Los estudiosos de su obra han sabido ver esa faceta también en sus relatos de ficción, en los que no sólo hay terror, sino también humor, delicadeza y compasión por sus semejantes, lo que no deja de ser llamativo (contradictorio, otra vez) en un autor que consideraba al ser humano una ridícula mota de polvo en un universo sin Dios. Él mismo, en sus cartas, confiesa sentir «una enorme y terrible melancolía causada por el dolor y la futilidad de toda existencia en un cosmos ciego y sin propósito».

La gran pregunta en torno a Lovecraft quizás sea cómo un simpatizante del nazismo, un notorio racista, una persona tan ferozmente individualista como él y tan inclinado al fatalismo acabó militando, al final de su vida, en favor de la causa socialista. ¿Quizás se abrió a la influencia de sus amigos izquierdistas? «No lo creo», afirma Calvo. «Como explica S. T. Joshi, que es el gran experto en su obra, hay razones personales en ese cambio ideológico. Fue la Gran Depresión y los efectos que él sufrió en sus propias carnes: pasar hambre, quedarse sin casa... Era muy, muy pobre. Tan pobre que a veces no tenía dinero ni para comprar



Portada del tercer tomo de las cartas de Lovecraft, editado y traducido por Javier Calvo y con ilustración de El Marqués.

papel y usaba las cartas que recibía para escribir sus relatos en los dorsos y en los márgenes. Su situación personal era tan vulnerable que, al final, lo que hizo fue agarrarse a la tabla de salvamento que representaban unos políticos que prometían crear una estructura de seguridad social para ayudar a la gente como él».

Pero esta conversión no podía borrar todas las barbaridades que dijo en su vida, razón por la cual se ha convertido en un autor increíblemente problemático. En la década de 2010, una serie de autores y editores (fundamentalmente afroamericanos, latinos y de otras etnias) presionaron para que se cambiara la estatuilla del World Fantasy Award y no fuera, como hasta entonces, un busto de Lovecraft. Tampoco su ciudad, Providence, en el estado de Rhode Island, quiere que se la relacione con el único escritor (célebre o no) que ha nacido en el municipio. «La ciudad podría haberse convertido en una especie de museo o de parque

temático. Es lo que suelen hacer las ciudades pequeñas, pero allí, oficialmente, nadie quiere saber nada de Lovecraft. El ayuntamiento negó el permiso para instalar una estatua al único escritor que tienen. No quieren verse asociados a él de ninguna manera», cuenta Javier Calvo.

A pesar de todo, no se puede hablar de una cancelación en toda regla como la que ha sufrido, por ejemplo, Louis-Ferdinand Céline en Francia. «Eso no ha ocurrido porque, a nivel institucional, nadie consideró nunca a Lovecraft como un escritor serio. Es un autor de cuentos de terror y fantasía y sus fans son, básicamente, frikis con camisetas de Cthulhu y jugadores de rol. Si hubiera tenido otro estatus, su repudio hubiera sido mayor. Si no atribuyes a un escritor un mínimo de trascendencia, ¿para qué te vas a molestar en cancelarlo?», explica su traductor.

Si para la historia de la literatura no ha tenido trascendencia, o no ha sido incluido en el panteón de los grandes escritores, su influencia, desde luego, es innegable. «No hay ningún escritor de aquella época que haya tenido una influencia tan grande en la cultura popular, y no sólo en otros escritores de terror, sino en el cine, la música, los cómics, los juegos... Ni Tolkien, ni Stephen King, ni George R. R. Martin se le acercan. A nivel de imaginación y de iconografía, sus monstruos están en todas partes. Tú puedes leer a un escritor contemporáneo de ciencia-ficción y sabes que cuando aparezca el monstruo, éste estará de alguna manera *cthulhizado*. Incluso autores que no son de género escriben siendo muy conscientes del paradigma lovecraftiano. Hay autores de filosofía que citan a Lovecraft para ilustrar determinado tipo de pensamiento materialista o posthumanista. Ha llegado un punto en el cual la influencia de Lovecraft es invisible. Pero es invisible porque es ubicua». ●